

La Luna, nuestro niño interior

Renata Klaesi

Astrolog nº 54 y 55, febrero-abril de 1.990

© 1990 API Verlag (Adliswil/Zurich)

© 2005 API Ediciones España, S.L.

Desde el inicio de mi actividad como asesora, he constatado una y otra vez que la Luna tiene un papel esencial en la consulta, tanto la Luna del cliente como la del propio asesor. Una consulta es, ante todo, una situación de contacto y, por lo tanto, consiste en una relación entre el cliente y el asesor. La calidad de esa relación depende de si yo, como asesora, soy capaz de encontrar el «hilo» hacia el otro, llegar hasta él y contactar con su esencia. Si lo consigo, después de la consulta jamás me siento cansada o agobiada, sino enriquecida, y el cliente se va de la consulta con más seguridad, confianza en sí mismo y valor para afrontar sus problemas. Pero esto no lo consigo con la cabeza sino con el corazón: mediante comprensión, apertura, apoyo y simpatía, todas cualidades que nos da la Luna. La Luna crea el acceso al tú, es la clave para la comprensión de los demás y, por lo tanto, también para que la consulta se desarrolle de manera fluida.



Para dar el justo valor al significado y la importancia de la Luna en astrología, quisiera recordar en primer lugar su simbolismo y su significado en el horóscopo individual y, después pasar a describir su funcionamiento en una situación de consulta.

Para reconocer y valorar de forma adecuada el significado original de la Luna, debemos retroceder hasta los orígenes de la astrología, cuando el ser humano todavía tenía una imagen mágica del mundo. Entonces, los seres humanos estaban mucho más expuestos a las fuerzas de la naturaleza que hoy en día y experimentaban de manera directa las

cualidades de las estaciones del año y de las diferentes horas del día.

También debemos tener en cuenta el clima de la zona en la que surgió la astrología y, remontándonos históricamente a esos orígenes, vemos que se trata del clima caluroso del oriente próximo. Allí, además del aspecto donador de vida del Sol, también destacaba intensamente su efecto destructivo pues tenía el poder de secar la tierra y abrasar los cereales. En esta zona, el agua era (y hoy es) un bien muy preciado y la Luna, como regente de los fluidos de la naturaleza, se relacionó muy pronto con el agua tan necesaria para la vida. Se reconoció su influencia en las mareas, el ciclo femenino, los períodos de apareamiento de los animales y el crecimiento de las plantas. Por eso se la veneraba como símbolo de fertilidad y, dado que todavía no se conocía la relación entre el acto sexual y el embarazo, se la relacionaba con el misterio del embarazo.

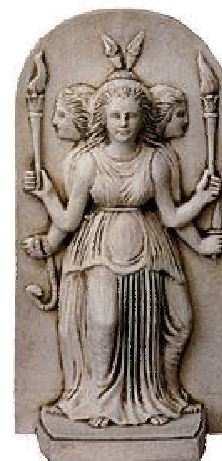
Sus fases correspondían a las fases de los ciclos de la naturaleza y su forma cambiante a los cambios y procesos de crecimiento, también de la naturaleza. La Luna crece y llega a ser completamente redonda (símbolo del embarazo) y después mengua hasta que, en la Luna nueva, parece morir y renacer al cabo de tres días. Esto está relacionado con los grandes ciclos de nacimiento, desarrollo, desvanecimiento, muerte y renacimiento, y por antonomasia, con la vida en cuanto a su variabilidad, su carácter efímero y su inmortalidad. Por eso en la antigüedad, en muchas culturas prevalecía la creencia de que las almas de los muertos esperaban a la Luna para renacer.



Pero también se reconoció su influencia en los cambiantes sentimientos de los seres humanos. Las distintas fases de la Luna se relacionaron con los distintos estados de ánimo humanos. La fase creciente tenía que ver con sentimientos alegres y positivos, puesto que el crecimiento suponía un aumento de su luz y la llegada de la Luna llena se celebraba con gran alegría. La fase menguante se relacionaba con los sentimientos negativos y pesimistas puesto que la Luna menguante mostraba el carácter efímero de la vida y la cercanía de la muerte, produciendo sentimientos de tristeza. Las fases creciente y decreciente representan la escisión y la ambivalencia de nuestros sentimientos: júbilo desbordante, aflicción por la muerte, rabia, miedo, tristeza, odio, alegría, esperanza, amor...

Como símbolo de las distintas fases y aspectos de la Luna tenemos también a Hécate, la diosa con tres cabezas, una de las muchas diosas y dioses lunares, pues la Luna tiene muchas caras y es muy ambigua. Hécate representa la fase creciente de la Luna en la joven optimista que corre llena de esperanzas hacia la vida; la Luna llena en la mujer madura en su florecimiento y la Luna nueva en la anciana fea o sabia, según la valoración de la edad en la correspondiente cultura. Hoy también encontramos las fases lunares en la división del tiempo en meses, cada uno de los cuales corresponde a una órbita lunar con sus cuatro fases (semanas).

Hécate, en la mitología griega, diosa de la oscuridad e hija de los titanes Perses y Asteria. A diferencia de Ártemis, que representaba la luz lunar y el esplendor de la noche, Hécate representaba su oscuridad y sus terrores. Se creía que, en las noches sin luna, ella vagaba por la tierra con una jauría de perros fantasmales y aulladores. Era la diosa de la hechicería y lo arcano, y la veneraban especialmente magos y brujas, quienes le ofrecían en sacrificio corderos y perros negros. Como diosa de las encrucijadas, se creía que Hécate y su jauría de perros aparecían en esos espacios apartados, que eran para los viajeros lugares demoníacos y espectrales. El arte representa a Hécate a menudo con tres cuerpos o tres cabezas y con serpientes entrelazadas alrededor de su cuello.



Volviendo a los orígenes, debe destacarse la importancia de la inevitable oscuridad. En las largas noches sin electricidad, sólo la Luna podía traer luz. Hoy difícilmente podemos imaginarnos el significado psicológico de este hecho, puesto que ahora prácticamente podemos convertir la noche en día y sólo apagamos la luz cuando nos vamos a la cama.

En la oscuridad, de repente, el mundo deja de ser objetivo, claro y familiar. Todo cambia su forma, los contornos se difuminan, se vuelven misteriosos o se disuelven completamente. La oscuridad se traga las formas y los ruidos. La fantasía y la capacidad de imaginación se estimulan cuando todo parece oculto y borroso, nada puede constatarse de forma inequívoca, sino que todo es cambiante, sin forma y lleno de posibilidades. No sabemos lo que se oculta en la oscuridad, si los peligros que acechan son reales o imaginarios, qué cosas inimaginables, desconocidas, fantásticas e inquietantes se esconden en el oscuro nicho de la noche. La fantasía nos puede hacer malas jugadas. En la calma de la oscuridad, la sensibilidad de nuestros sentidos aumenta. Oímos la hierba crecer e incluso un suspiro puede sobresaltarnos. Percibimos todo tipo de ruidos e intentamos reconocerlos. Escuchamos la calma externa y también la interior. La voz interior hace aparición y acallarla no nos resulta tan fácil como en el transcurso de la actividad del día.

La Luna lo sumerge todo en una luz distinta. Según el estado de ánimo lo percibimos como templado o frío, emocionante o tranquilizante, consolador o extraño.

Miedos irrales, miedos de nuestros propios demonios pueden llegar a poseernos. Se despiertan los anhelos por lo olvidado, lo lejano, el más allá, nuestro verdadero hogar, por amor...



Sueños y pesadillas nocturnas nos secuestran y nos llevan a un mundo más allá del tiempo y el espacio, de las leyes de la materia y la lógica, y nos muestran cómo es de verdad nuestro interior. En el sueño nos introducimos en el reino de la fantasía, la inspiración y las posibilidades ilimitadas. Nos encontramos con nuestros deseos y anhelos más secretos, nuestros miedos más profundos, el mundo de nuestros sentimientos y motivaciones inconscientes que dormitan durante el día y despiertan por la noche.

La Luna nos une con estas profundas capas de sentimientos, con lo inconsciente, lo impulsivo, lo instintivo y vegetativo, con un antiquísimo conocimiento personal y colectivo que está almacenado en la Luna, puesto que los sentimientos son los mismos en todo el mundo y todas las épocas, y nos unen con toda la humanidad.

La Luna, como nuestro yo emocional, representa la parte que está oculta para nosotros, aquellos sueños, deseos, esperanzas y miedos que nos influyen de forma permanente y que condicionan de manera muy importante nuestras acciones, puesto que el hecho de que sean inconscientes incrementa su poder. Muy a menudo creemos tomar las decisiones por motivos racionales y en realidad no nos damos cuenta de lo que verdaderamente nos

impulsa. Además, cuanto más negamos nuestra propia Luna, más persistente será su forma de hacerse notar.

Así como el Sol muestra cómo queremos estructurar nuestra vida de forma activa y consciente, la Luna muestra cómo reaccionamos en la vida a impresiones de todo tipo, a personas, animales y plantas, a estados de ánimo y vibraciones, a colores, aromas y tonos... Reaccionamos a estas impresiones, a las que estamos constantemente expuestos y de las que no podemos inhibirnos, con sentimientos permanentemente cambiantes, de manera espontánea y no controlable. Además, siempre reaccionamos con simpatía o antipatía, con atracción o rechazo.

En psicología astrológica trabajamos con tres formas de conciencia del yo que corresponden a los planetas Sol, Luna y Saturno. La Luna, como yo emocional, se define y se experimenta mediante la reflexión de un tú. Así como la Luna no tiene fuerza de irradiación propia y recibe y refleja la luz del Sol, nuestro yo emocional sólo se experimenta en el contacto con los demás (según una cita de Bruno Huber: «Me perciben y establezco contacto, luego existo»). Por eso la Luna necesita colectividad, pertenencia, seguridad, proximidad y amor.

Esto lo experimentamos en primer lugar en la unidad con la madre (o con la correspondiente persona de referencia) cuando todavía no nos sentimos separados de ella. La experimentamos mediante la unión con ella, mediante su confirmación llena de amor y su reflejo. Sin este amor no podríamos sobrevivir, tal como han demostrado algunas terribles experiencias en las que algunos bebés recibieron cuidados físicos pero ningún tipo de ternura o atención. Al principio de nuestra vida somos totalmente dependientes de la ayuda y el amor de otros seres humanos. Nuestras primeras experiencias en este mundo nos muestran que sin relaciones no somos capaces de vivir y desarrollarnos, y que la vida sin cariño no tiene valor.

Según lo buenas o menos buenas que hayan sido estas primeras experiencias, se estructura nuestro posterior comportamiento en el contacto, nuestra capacidad de relacionarnos con los demás. Nuestra madre es nuestra primera impresión del mundo, ya sea complaciente, fiable, cariñosa y generosa o bien fría, caprichosa y nos rechace, ella determina nuestra actitud y esperanzas ante la vida. Estas primeras experiencias determinan si abordamos la vida de manera abierta y alegre, o bien si preferimos refugiarnos en un mundo ficticio y nos sentimos extraños anhelando una vida mejor en alguna otra estrella o soñamos en un futuro lejano... en otras palabras: si nos sentimos como en casa o no.

La Luna, como yo emocional y niño en el modelo familiar, nos da información sobre estas primeras impresiones y experiencias, y nos indica cómo le va a nuestro niño interior, que siempre permanece vivo. Muestra nuestras más profundas necesidades de amor y miedos al rechazo y a la soledad. La fuerza o debilidad de su posición en el horóscopo y su situación en el modelo de familia permite deducir el sentimiento



fundamental, el estado de ánimo básico, el tono anímico (Thomas Ring) de esta vida. ¿Irradia su belleza con muchos aspectos en la zona de contacto o lleva una existencia miserable en algún rincón, apartada a un lado, sola y sin recibir ningún tipo de consideración? También hay una infinidad de posibilidades intermedias. Conjuntamente con Saturno (la madre) y el Sol (el padre), el niño (la Luna) relata la historia de la familia. Muestran la situación familiar y las relaciones de los miembros de la familia entre sí, representados en el modelo familiar, la imagen de nuestra familia interior.

Como para la integración de la personalidad intentamos establecer un equilibrio entre los tres polos, cuerpo, alma y espíritu, la posición de la Luna puede ocultar peligros, tanto si su posición es fuerte como si es débil.

En el caso de una posición débil, es decir, un niño al que no se ha prestado atención, probablemente exista una enorme necesidad de «recuperar» y dificultad de aceptar los propios sentimientos, ya que la autoconciencia se construye en base al yo corporal o al yo mental. Puede que los sentimientos se repriman en favor de otros valores y que la meta principal sea tener mucha energía y progresar mucho personalmente.

Una Luna fuerte que aún no haya sido «purificada» puede suponer (como cualquier otro planeta situado fuerte) una presencia exagerada y tender a eclipsar todo lo otro (destacar excesivamente sobre las demás capacidades). Como regente de los sentimientos, la Luna puede sabotear nuestros intentos conscientes y hacernos actuar de forma completamente irracional. Puede dominarnos mediante emociones reprimidas que irrumpan de repente, mediante necesidades y miedos incomprensidos, mediante exigencias infantiles de ser amados y de recibir atención o cuidados maternos, impidiéndonos llegar a ser adultos. Puede hacernos reaccionar de forma hipersensible y exponernos a intensos cambios emocionales.

Sólo una Luna «purificada», neutral y libre de la dualidad de los sentimientos, es realmente capaz de reflejar a los demás. Una Luna así nos hace comprensivos, compasivos, accesibles y sensibles a las necesidades de los demás, y nos une con la colectividad. Entonces la colaboración es más importante que el enfrentamiento o que el tener que demostrar cosas ante los demás. Nos permite dar y recibir amor, no exigirlo.

En su cualidad más pura, la Luna representa nuestra capacidad de contacto despreocupado, es el niño juguetón que ingenuamente, sin malicia y con toda alegría se acerca a los demás, el niño libre, sin intenciones e independiente, lleno de alegría de vivir que está abierto a nuevos encuentros, experiencias e impresiones, que ve la vida como un juego divertido, que no tiene inhibiciones para anunciar sus necesidades y expresar sus sentimientos de forma directa, que es consciente de sí mismo porque se sabe amado y que es digno de ser amado porque es auténtico.

Desafortunadamente, este niño libre y creativo es muy raro de encontrar en nuestra cultura. Normalmente encontramos al niño inhibido, herido y dependiente, que fue frustrado, desilusionado y abandonado en soledad, que fue hecho dependiente de la dedicación a los demás, que no fue querido o no suficientemente querido y que tuvo que luchar para obtener amor, reconocimiento y un lugar en la vida.

De todos modos, sea cual sea la posición de la Luna, siempre ejercerá una influencia decisiva sobre nuestra calidad de vida y alegría de vivir, puesto que ello depende en gran medida de nuestra capacidad de contacto. Como consecuencia de todo esto, es evidente que la Luna participa de forma importante en muchos de los problemas que llevan a las personas a una consulta, sean cuestiones de relación de pareja, educación, salud o profesionales. En el siguiente número abordaremos con detalle estos temas.

La Luna - Relaciones

Las crisis en las relaciones de pareja o la dificultad de encontrar una pareja adecuada son algunos de los motivos más frecuentes para acudir a la consulta de un astrólogo... muy a menudo con la esperanza de saber cuándo las estrellas serán favorables para el amor o cuando aparecerá definitivamente el anhelado «príncipe azul» o la «mujer de mis sueños», sin tener que cambiar o cuestionarse a uno mismo. No obstante, el profundamente arraigado deseo de amor y de realización en una relación de pareja, la incapacidad de encontrarla, y el sufrimiento que ello supone para la Luna son una oportunidad para iniciar la investigación sobre uno mismo y comenzar el laborioso camino del autoconocimiento.

En psicología astrológica, con ayuda del modelo de familia, intentamos descubrir las causas internas de nuestras dificultades de relación y reconocer nuestros mecanismos de comportamiento en las relaciones. Vemos cómo son las relaciones entre sí de los miembros individuales de la familia en nuestra familia interior, es decir, las relaciones niño-madre, niño-padre, padre-madre y las posibilidades de relación que hemos aprendido de ello. En este sentido, debe destacarse que la primera relación de nuestra vida, es decir, la relación con nuestra madre o con la persona que hiciera su función, es esencial. La cualidad de esta primera relación ejerce una influencia determinante en nuestro comportamiento en todas las relaciones posteriores, puesto que tenemos la tendencia a repetir este modelo y considerarlo como el único posible, es decir, a proyectar en nuestra pareja las expectativas de una madre buena o mala, hasta que nos damos cuenta de nuestra proyección. La solidez de esa primera relación, la capacidad de la madre de satisfacer nuestras necesidades de amor y seguridad, pero también su capacidad de soltarnos y dejarnos crecer son decisivas para el «destino» de todas nuestras relaciones.

En cambio, la relación con el padre ayuda a aprender a soltarse de la unión exclusiva con la madre y percibir alternativas (véanse los artículos de W. König en Astrolog n° 45-49, en los que se describen de forma detallada las fases iniciales de desarrollo del niño: simbiosis, desprendimiento y triangulación) de manera que la no superación de alguna de estas fases, es decir, el quedarse atascado en alguna de ellas, se experimenta de nuevo en la relación de pareja e imposibilita el establecimiento de una relación madura.

Pero, la relación de los padres entre sí, experimentada desde el punto de vista del niño también influye en nuestro concepto de comportamiento en la relación de pareja. El modelo de esa relación, es decir, si se expresaban amor y ternura mutuamente, si resolvían sus conflictos, si eran capaces de trabajar de forma conjunta, si entre ambos sexos dominaba la paz o la guerra... transmite al niño seguridad y confianza o miedo e inseguridad, y evidentemente tiene consecuencias en nuestras relaciones posteriores.

Si bien, con toda seguridad, tenemos el deseo de aportar todo nuestro ser a la relación de pareja y de comunicar con el otro a todos los niveles, en su mayor parte, la selección de pareja se produce en base a motivaciones inconscientes, es decir, en base a necesidades «no colmadas» de la Luna. Una Luna que no haya recibido atención y desilusionada seleccionará una pareja que satisfaga esa demanda acumulada y, por tanto, desde el principio es extremadamente exigente y existe el peligro de que descargue en la pareja su vieja frustración y odio. Por otra parte, una Luna de la que se ha abusado, tendrá miedo de entrar en una relación de pareja.

Salud

El concepto de que el ser humano tiene cuerpo, alma y espíritu empieza a imponerse, aunque lentamente, incluso en las escuelas tradicionales de medicina. La psicósomática tiene en cuenta y reconoce causas anímicas en algunas enfermedades. En este sentido, una vez más, la astrología está por delante de su tiempo, puesto que siempre ha visto al ser humano como una globalidad. En este sentido, muchas enfermedades se deben a una Luna herida, puesto que todo aquello que ha herido, lastimado o reprimido nuestros sentimientos nos hace enfermar.

Cuando reprimimos nuestros sentimientos, cuando frenamos o limitamos la expresión de nuestros sentimientos, nuestro cuerpo se encarga de expresarlos simbólicamente. Si no escuchamos nuestra voz interior, si obramos en contra de nuestros sentimientos y contravenimos nuestras verdaderas necesidades, si actuamos sin amor y sin consideración por nosotros mismos, si hay algo que afecta a nuestro bienestar anímico, espiritual o corporal, si no «nos regalamos nada» y en nuestra vida hay poca alegría, entonces, nuestro cuerpo se rebela.



Cuando estamos enfermos, estamos dispensados de todas las obligaciones. Entonces nos permitimos descuidarnos y nos dejamos caer en un estadio infantil. No en vano hablamos del triunfo de la enfermedad... Entonces tenemos permiso para vivir la Luna sin cumplidos, para admitir que queremos ser cuidados y mimados, que estamos débiles y necesitamos atención. Pero, ¿no es triste que tengamos que recurrir el sufrimiento corporal para permitimos expresar este deseo de atención y de actuar como niños? ¿Y no es triste que, a menudo, no nos demos cuenta de qué es lo que nos pasa hasta que el cuerpo nos lo indica inequívocamente?

Educación

El significado de la Luna aparece de forma muy manifiesta en las dificultades en la educación puesto que en el horóscopo infantil, la Luna, como indicador del niño, es el planeta más importante. Sus actitudes, si miente, hurta, pega, se escapa, se vuelve apático o «sólo» muestra dificultades en la escuela suelen ser manifestaciones de la Luna del niño que pide ayuda a gritos y que con esas perturbaciones intenta poner de manifiesto sus necesidades y obtener por la fuerza, si no amor, por lo menos atención.

En este sentido, debemos tener claro que normalmente el niño es sólo el que «muestra los síntomas» de la familia, que sólo refleja la situación en la casa paterna y de este modo se convierte en el chivo expiatorio que debe soportar las tensiones y problemas de los padres. Esto suele tocarle al miembro más débil de la familia. En estos casos es necesario empezar por los padres. Sus Lunas pueden darnos información sobre si son capaces de vivir sus propios niños interiores, sobre si no han perdido la alegría de vivir, la inofensividad y la espontaneidad y si son capaces de reaccionar de forma sensible a las necesidades de su hijo. La falta de amor y el endurecimiento ante los niños no deben sorprendernos en una sociedad hostil con los niños, en un mundo de consumo y de rentabilidad, sin espacio, tiempo ni corazón para los niños. Allí donde no se demandan los valores de la Luna, los niños están arrinconados.

Profesión

Podría pensarse que la Luna sólo tiene un papel secundario en la vida profesional. Pero, una vez más, aunque haya personas que lo intenten, no podemos sencillamente disociar una parte de la personalidad pretendiendo funcionar en base a roles, separando por ejemplo la vida como hombre de negocios de la vida como persona privada.

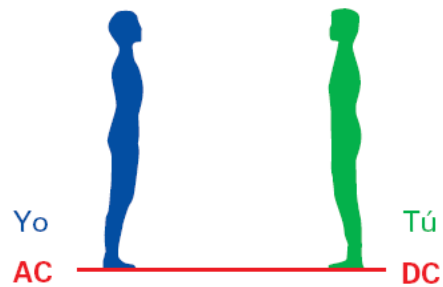
En las cuestiones de adecuación profesional, la fuerza de los planetas principales tiene un papel primordial. Una Luna fuerte es un claro indicador en lo referente a la profesión y, sin ninguna duda, es una posición imprescindible en todos los trabajos que requieran capacidad de adaptación y sensibilidad en el trato con personas. La Luna también tiene cosas a decir puesto que, en lo referente al progreso profesional, no sólo cuentan los conocimientos y el poder sino también la capacidad de contacto y una apariencia simpática. Esto empieza ya en las entrevistas iniciales, donde la simpatía personal puede ser decisiva en el proceso de selección de candidatos. En un mundo en el que el crecimiento conjunto y la participación de los colaboradores en los procesos de decisión son cada día más importantes, lo esencial ya no es la fuerza de imposición personal sino la capacidad de trabajar conjuntamente. No en vano, cada día son más las grandes empresas que ofrecen a sus empleados formación en autoexperimentación y comunicación.

Muchos de los problemas en el trabajo no dependen tanto de la profesión en sí, como de las dificultades en el puesto de trabajo. Tenemos la tendencia a proyectar nuestros problemas personales a nuestros compañeros de trabajo y jefes con gran facilidad. A menudo, no nos parece adecuado mostrar nuestros verdaderos sentimientos en la vida profesional, lo cual, tarde o temprano pagamos con algún tipo de molestia corporal.

Un buen equipo de trabajo puede hacer más soportable un trabajo duro o fatigoso. Un buen contacto personal aporta equilibrio, mientras que ser considerado exclusivamente como fuerza de trabajo y no como ser humano es algo que hiere. Esto es algo reconocido por muchas empresas y por eso aparecen tantos anuncios de demanda de personal en los que se habla de equipos de trabajo perfectamente conjuntados. Esto es muy necesario porque en muchos trabajos existe el peligro de que la elevada componente técnica ocasione una pérdida del contacto humano, por ejemplo, en el teletrabajo, en donde si bien se está conectado en red con todo el globo terráqueo, se está sólo en casa con el ratón.

La luna en la consulta

Aunque los motivos para acudir a una consulta astrológica puedan ser aparentemente muy diferentes, el verdadero motivo es siempre la búsqueda de la propia identidad y del propio sentido de la vida, independientemente de lo que a primera vista pueda parecer. Puede que el motivo externo sea algo dramático o aparentemente superficial pero, en realidad, algo se ha puesto en movimiento. Tanto si forzamos las circunstancias de la vida como si no, nos damos cuenta de que



estamos ante cambios, en una encrucijada en la que es necesario enfrentarse con uno mismo. Y necesitamos ayuda. Puede que estemos un poco atascados, tal vez entrando o totalmente inmersos en una crisis. Como mínimo sentimos una cierta inseguridad, estamos deprimidos o dudamos y no sabemos por dónde avanzar. O bien nos sentimos desamparados, llenos de sentimientos de culpabilidad y de duda con respecto a nosotros mismos o nos sentimos fracasados. Las crisis son extremadamente valiosas porque nos hacen madurar para los cambios. También son valiosas porque hacen más permeable la coraza de las emociones y así nos disponen a ser más abiertos con los demás.

Siempre supone un gran esfuerzo admitir que no podemos progresar solos. En una situación de este tipo, es comprensible dirigirse a una persona que sea simpática y de la que se pueda esperar comprensión. Todos podemos recordar nuestro estado de ánimo cuando estuvimos en alguna situación parecida. Por mi parte, recuerdo perfectamente la mezcla de emociones que sentía cuando, con el corazón acelerado y las rodillas temblando, fui por primera vez a la consulta de un astrólogo. En mi opinión, siempre hay algo de miedo, miedo a que vean en mi interior, a ser desnudado, criticado o no aceptado; miedo a una situación desconocida, a estar entregado, quizás miedo a la posible constatación de un destino «espantoso».

Como asesores, cuando un cliente viene por primera vez a la consulta, debemos tener presentes estos sentimientos e intentar ayudarle a que este miedo desaparezca para se sienta distendido y comfortable.

El juego de la Luna entre cliente y asesor empieza a menudo en la conversación telefónica del primer contacto. En ese momento, el estado de ánimo del cliente ya me da información sobre su situación momentánea. Cuando viene a la consulta se produce la famosa primera impresión, de la que se dice que en la mayoría de casos es la correcta. Esta impresión surge de forma espontánea e instintiva, y es una impresión emocional: encuentro al otro simpático o no. Como asesora, no estoy libre de los mecanismos de simpatía y antipatía, lo confiese o no. Es importante darse cuenta de ello y, en caso de antipatía, cuestionarse qué es lo que lo provoca, qué me está diciendo de mí mismo y como quiero tratarlo.

Una consulta es siempre un encuentro pero un verdadero encuentro es también siempre una confrontación consigo mismo, puesto que nunca nos experimentamos de manera tan intensa y directa como a través del tú. Esto es válido tanto para el cliente como para el asesor. Una consulta es siempre un intercambio. Si bien es el cliente quien expone su problema,

también pone un espejo delante del asesor, puesto que el encuentro de ambos no es ninguna casualidad. Así, tanto el cliente como el asesor se ofrecen mutuamente la posibilidad de autoexperimentarse. Así pues, no se trata de una situación unilateral en la que el astrólogo da información y así ayuda al cliente en su proceso de autoconocimiento sino de un proceso en el que, mutuamente, se da y se recibe. Y cuando el cliente nos muestra su confianza, en realidad nos está haciendo un verdadero regalo, cuando nos confía algo nos está permitiendo participar en su vida.

Si bien en ese encuentro se encuentran dos personas completas, no debemos perder de vista al niño con sus sentimientos. La Luna reacciona constantemente tanto a lo hablado como a lo no hablado, es decir, a los mensajes no verbales. Como asesora, puedo desencadenar intensas emociones en el cliente que puede dar a conocer mediante señales de su lenguaje corporal, su postura, mímica, gesticulación, tono de voz... Es muy importante percibir estas reacciones, entrar en ellas y no dejarse engañar por una fachada externa, por una sonrisa calculada o por palabras bonitas.

Ayudar al otro a avanzar un poco en su camino de autoconocimiento significa también ayudarle a tomar conciencia de sus emociones. En muchos casos, esto significa confesar una propia frustración, rabia, desilusión o tristeza, no tener que representar más un determinado papel, permitirse ser débil, dejar de reprimir la dura realidad, admitir lo mal que van las cosas... puesto que, para poder cambiar algo, lo primero que debe hacerse es reconocer la situación en la que se está en su total envergadura y esto, por lo general, es muy doloroso. Como asesora, debo dejar al cliente el suficiente espacio y tiempo para que se exprese. La total atención es un signo de amor y ahí reside el inicio de la curación.

Pero no debo observar sólo las reacciones emocionales del cliente sino también las mías, pues éstas me indican dónde estoy en un determinado momento y si todavía existe contacto. El cliente reacciona a mí como persona y su reacción puede ser de absoluta crítica y rechazo, lo que puede ponerme nerviosa, impaciente, triste o rabiosa. El hecho de que empiece a sentirme incómoda es una señal de alarma y si no me ocupo de ver qué es lo que ha desencadenado ese malestar, corro el riesgo de perder el contacto. Como asesora, ¿me siento incomprendida, no tomada en serio o cuestionada? ¿Me entristece el hecho de no recibir respuesta o de que el cliente «se cierre»? ¿Soy suficientemente honesta para llamar a las cosas por su nombre o suavizo las cosas para el cliente y para mí misma, por miedo a perder simpatía? ¿Soporto el espejo que se pone ante mí? ¿Soporto en realidad al otro?

Pues, generalmente, a la consulta no vienen los exitosos, los héroes radiantes y los vencedores sino los apurados, los «en peligro», los llenos de dudas, infelices, fracasados según criterios externos... en los que puedo reconocer mi propia debilidad y mi propio dolor. La cuestión es si puedo aceptar a los demás (y con ello a mí misma) con sus debilidades, con sus errores, tal como son, sin querer cambiarles o sin proponerles «soluciones rápidas».

Cada cliente somete nuestra capacidad de amar a una nueva prueba. Prueba nuestra capacidad de carga, nuestra capacidad de decir «sí» y si estamos preparados para aceptarlo de forma incondicional. La experiencia me ha enseñado que debemos trabajar continuamente para mantener nuestra Luna «limpia y purificada». Merece la pena, puesto

que todos sabemos lo enormemente beneficiosa, liberadora y curativa que es la experiencia de ser verdaderamente aceptados por otro ser humano.

Traducción: Joan Solé, 1998